

Lope, á quien no incluye entre los poetas famosos de la época, recordando con loa las «Lágrimas de Angélica» de Luis Barahona de Soto, mientras no tiene ni una sola frase para la «Hermosura de Angélica» publicada por su rival en 1602.

Hasta en los versos que preceden á la primera parte del «Quijote» figúrasenos encontrar mas de un concepto encaminado á mortificarle. Por ejemplo, Cervantes escribe:

No indiscretos hieroglí
Estampes en el escú;
Que cuando es todo figú,
Con ruines puntos te envi.

Lope de Vega era por extremo aficionado á blasones, empresas y anagramas. Al frente de su «Peregrino» hállase un escudo de diez y nueve torres con varias leyendas. Además, en una carta del mismo Lope, sin fecha, dirigida á su Mecenas el duque de Sesa, se lee lo siguiente: «Hoy me trajo el pintor dos hieroglíficos, el uno es un árbol donde están colgadas las armas de la Casa de Córdoba, y en su pié un cisne sobre unas aguas, la letra es una tarjeta que dice: «Requies et umbra,» porque yo la hallé debajo de la protección de V. E. La otra es un pajarillo que se acoge á un águila huyendo de otros muchos que le vienen siguiendo: está una tarjeta con las armas de Córdoba y otra enfrente con esta letra: «Sub tuum presidium.» Como se vé, Lope era aficionado á

estos achaques y no desistia de ellos á pesar de las sátiras de Góngora y de Cervantes.

En otra décima dice el último:

Pues al cielo no le plú
Que salieses tan ladí
Como el negro Juan Latí
Hablar latines rehu

Sabido es que no hay obra de Lope donde no abunden, vengan ó no á cuento, las citas latinas; diríase además que habia dado en la monomanía de creerse un segundo Juan Latino. Escribiendo á su favorecedor una carta sin fecha, estampa estas líneas: «Es dibujo de Mayo, hoy en su bendita víspera, está bueno para copiarse á la letra, porque honre el techo de este pobre aposento y le enriquezca del valor de tales agüelos y padres á cuya sombra vivo, como Juan Latino en la del duque que Dios tiene.» En otra, dirigiéndose al mismo Mecenas, se proclama «esclavo suyo toda la vida como lo fué Juan Latino de su tío de V. E. aunque no sepa tanto.» En una tercera escribe: «Si á V. E. le dan gusto cartas latinas lea esas dos minutos: busco otras.» Mas adelante: «V. E. vuelve por su hacienda, ya sabe que yo soy su Juan Latino, que la casa de Sesa no puede estar sin algun esclavo notable.» Aun insiste en otra carta manifestando que le basta el título de criado y esclavo suyo (del duque) de quien lo será toda su vida, como lo fué Juan Latino de su padre, aunque no sepa tanto,» y en otra dirigida á un

tercero dice, «soy otro Juan Latino del duque de Sesa.»

Dejando á un lado este asunto, que trataremos con la debida estension, volvamos al prólogo del falso D. Quijote.

Manifiesta Avellaneda que prosigue la novelesca historia con la autoridad con que Cervantes la comenzó y con la copia de fieles relaciones que á su mano llegara «(y digo mano, escribe el anónimo, pues confiesa de sí que tiene sola una y hablando tanto de todos hemos de decir de él que como soldado tan viejo en años cuanto mozo en bríos; tiene mas lengua que manos.) Quéjese de mi trabajo, por la ganancia que le quito de su segunda parte, aunque no podrá por lo menos dejar de confesar que tenemos ambos un fin, que es desterrar la perniciosa lición de los libros de caballerías, si bien en los medios diferenciamos, pues él tomó por tales ofender á mí y particularmente á quien tan justamente celebran las naciones mas extranjeras, y la nuestra debe tanto por haber entretenido honestísima y fecundamente los teatros de España con estupendas é innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar.»

Afirma Avellaneda que ha tomado por medio entremesar la novela con las simplicidades de Sancho Panza, huyendo de ofender á nadie, ni de hacer ostentacion de sinónimos voluntarios, si

bien supiera hacer lo segundo y mal lo primero; «que Cervantes era ya viejo como el Castillo de San Cervantes, y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le enfadan y por ello es tan falta de amigos que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, habria de ahijarlos, como él dice, al Preste Juan de las Indias ó al Emperador de Trapisonda, por no hallar título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en boca, con permitir tantos vayan los suyos en los principios de los libros del autor de quien mormura y plegue á Dios aun deje ahora que se ha acogido á la Iglesia y sagrado.» Habla por último Avellaneda de la envidia, tilda la primera parte del Quijote de quejosa, murmuradora, impaciente y colérica, cual lo están los encarcelados y anuncia que su humor es opuesto al de Cervantes.

Quizá Avellaneda no citó con segunda intencion lo de la manquedad, mas Cervantes lo echó á mala parte, pues por lo visto sentia no que se recordara una circunstancia que era pública y le honraba, sino la ocasion y el lugar en que se hacia este recuerdo. Opina Germond de Lavigne que Avellaneda no hizo mas que aludir á cierto verso de un romance antiguo, donde se lee:

... á rienda suelta
Fuyeron los menguados,
Donde mostraron tener
«Lengua asaz y pocas manos,»

no siendo su intento zaherir á Cervantes en una cosa que no habia de qué.

Entendemos nosotros que las ofensas hechas al incógnito no consisten en la personificación del escudero, sino en algunas acciones ó palabras que á este se atribuyen. Avellaneda conserva el tipo, diciendo que con sus simplicidades entremesará la novela, cuidando de no ofender á nadie; declaración que bien á las claras confirma nuestro juicio.

Huirá el anónimo de no hacer ostentacion de sinónimos voluntarios. ¿Qué se quiere decir con esto? Nosotros traducimos la frase al revés de como hasta ahora se ha explicado. Calcúlase que se reprueba el haber Cervantes puesto á terceras personas motes ó apodos gratuitos. Empeñada la crítica en que Sancho es Aliaga, fatígase en hallar comprobantes á sus asertos, razon porque suele dar uno en el clavo y ciento en la herradura. Dice la gramática lo contrario de la crítica: cuando Aliaga escribe: «hacer ostentacion,» refiérese á Cervantes, que ha hecho alarde y gala de voces sinónimas, empleándolas á su talante, guisa y albedrío. Si se significara otra cosa, si se hubiera querido espresar que Cervantes habia aplicado á otros con frecuencia motes caprichosos, de cierto que otra tambien habria sido la construccion de la frase. La palabra sinónimos no es equivalente de apodo ó sobrenombre y el incógnito no hallaria reprobable, en el sentido que se supone, lo

ejecutado por Cervantes cuando se siente competente para emularlo en esto.

Llama Avellaneda á Cervantes descontentadizo y murmurador y espera que, habiéndose acogido á sagrado y á la Iglesia, esto es, entrado en la Orden Tercera, modificará su mal humor, cesando en hablar mal del prójimo y especialmente de Lope de Vega.

Escribió Cervantes la dedicatoria y el prólogo de sus comedias conociendo el de Avellaneda, y allí discretamente ataca á Lope, diciendo tras lo ya referido, que sus comedias «si llevan algo de razonable es no ir manoseadas ni haber salido al teatro, merced á los farsantes que de puro discretos no se ocupan sino en obras grandes y de graves autores, aunque tal vez se engañan.» Anuncia de paso que D. Quijote queda calzadas las espuelas, creyendo llegará ante el conde de Lemos, porque en Tarragona le habian asendeado y malparado, aunque por sí ó por nó, lleva informacion hecha de que no es él el contenido en aquella historia, sino otro supuesto, que quiso ser él, y no acertó á serlo. Refiriendo al final como habia vuelto á la profesion de autor dramático, asegura que no halló cómico que le pidiese sus obras, y como á la sazón hubo de decirle un librero que él se las compraria si un autor de título no le hubiera dicho que de su prosa se podia esperar mucho, pero que del verso nada: refiere asimismo como al cabo se las vendió, y pi-

de al lector que en topando á aquel su maldiciente Zoilo le diga que se enmiende, que él no ofende á nadie y advierta que no tienen sus comedias necedades patentes y descubiertas, siendo el verso el mismo que ellas piden.

Esplican tales pormenores, si no nos equivocamos, la guerra que se hacian Lope y Cervantes, y es de notar que este, si bien desea sincerarse en cuanto á lo de que mira con envidia al primero, declara que no «le agravia la publicacion anónima, que ya sabe lo que son tentaciones del demonio y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer é imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros y tantos dineros como fama. Nótese, por último, que en el testamento de D. Quijote se pide encarecidamente perdon al anónimo de la ocasion que sin pensarlo se le dió de haber escrito tantos y tan grandes disparates, fingiéndose que el hidalgo partía de esta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.

Resumiendo: Para nosotros el encubierto escritor se propuso ante todo probar que podía escribir un libro de la índole del cervantesco, con tanto gracejo, aticismo é inventiva, del mismo género y con iguales tendencias literarias, huyendo, no obstante, de zaherir ni molestar á nadie con los despropósitos escuderiles ni menos ostentar una copia indigesta y arbitraria de sinónimos, por mas que se sintiera capaz para hacer lo segundo

con primor, pero no lo primero. Estos fueron los propósitos con que hubo de escribirse la obra. En su introduccion trató el ofendido de desquitarse, en parte, de los agravios que recibiera,—y que continúan para nosotros misteriosamente velados—saliendo tambien á la defensa de Lope, de quien Cervantes murmuraba, esperando siempre que este, reconciliado ya con la Iglesia, se apartara del camino de la maledicencia donde le suponía perdido.

No puede el bastardo D. Quijote, como le llama Aribau, representar en la desventura de Cervantes el papel que se ha supuesto. Hijo de la emulacion aguijada por el resentimiento, pretendió cercenar una parte de la gloria de que nuestro ingenio disfrutaba, quedando, por supuesto, burlado este empeño.

Mas ni el afan de la venganza le inspiró, ni únicamente la codicia del lucro es el móvil que le dá vida. Revela el autor grandes pretensiones literarias y se muestra asaz erudito en letras divinas y humanas. La fábula está proseguida con gracia; pero carece del fondo filosófico, de la leccion moral, discreta y provechosa, de los alcances y de la trascendencia, si la frase es permitida, con que el divino Cervantes aseguró la perpétua oportunidad del maravilloso enjendro de su razon y de su fantasía. Es el «Quijote» de Avellaneda una novela entretenida: el «Quijote» de Cervantes, simulacro eterno de la humanidad en

todas las zonas, en todos los tiempos y en todas las gradaciones y esferas de la vida. Distrae el primero haciendo reir, el segundo lleva la melancolía al ánimo y pone lágrimas en los ojos. Si el uno es un majadero, el otro es la voluntad humana luchando impertérrita por la posesion de lo ideal, es la cifra de la mas sublime abnegacion, tropezando á cada paso con los obstáculos del realismo y de las sociales conveniencias.

Un juez mas alto que todos los criterios individuales, el del tiempo, ha fallado esta ruidosa contienda. Pensó Avellaneda que su libro seria un obstáculo á la prosperidad del de Cervantes. ¡Qué engaño! Vivió casi desapercibida la obra anónima; la de Cervantes imprimióse en Madrid en 1615, en 1616 en Valencia y en Bruselas; en 1617 en Barcelona y Lisboa, y unida despues á la primera parte fué reimpresa antes de terminar el siglo xvii hasta ocho veces. No se ha conocido libro que obtenga un éxito semejante, ni se ha visto nunca triunfo literario tan sólido, tan acatado y tan legítimo.

Bien pudo el olvidado autor morir tranquilo y satisfecho cuando de su novela escribia una pluma competente, viviendo él, «que era digna de su »grande ingenio, honra y lustre de nuestra nacion y admiracion y envidia de las estrañas.»

VII.

ÉXITO DEL «QUIJOTE.»—LOS ÉMULOS.—LA DESVENTURA DE CERVANTES.

Juan de la Cuesta, tipógrafo madrileño, sacó á luz en 1605 la primera parte de las aventuras de D. Quijote, hallándose á la sazón en Valladolid, donde la córte residia, su autor Miguel de Cervantes Saavedra. Recibióse la obra con aplauso, vendiéronse sus ejemplares en pocos días, y su crédito hubo de dilatarse con tan no conocida rapidez, que en el mismo año y por el propio impresor se dió á la estampa de nuevo, mientras se reimprimia simultáneamente en Valencia, Lisboa, Pamplona y Barcelona. No registraban los anales